

—La policía ha citado varias veces a los asaltantes, y sólo hoy han venido, dijo Galíndez.

—¿Y dónde están?

—Son una anciana y dos mujeres, buena gente al parecer. Usía perdonará, pero creí que debía seguir el orden...

—Ese hombre, siempre con los mismos vendajes sucios de mugre y de sangre seca, me produce náuseas—interrumpió Solaguren.—¡Vea como se asoma con su cara de dolor angustioso! Ya va una semana larga que lo veo en igual traza; es posible que de ignorante y sucio se le estén pudriendo las heridas.

—No crea, Usía. Lo hace sólo...

—Dígale que entre.

El hombre de la cabeza rota no se hizo llamar dos veces.

—¿Usted es el maestro Juan Norambuena?

—Sí, señor juez.

—¿Llegaron por fin sus demandadas?

—Afuera están hace rato.

—Hágalas pasar.

—¿Quiere, secretario, leer la demanda?

Entraron en silencio las tres mujeres.

—Juan Norambuena, de oficio carpintero, domiciliado en calle Vargas, sin número, viene en demandar a Jesús Alderete y a sus hijas Rosa y Emilia que viven en Andes, también sin número, entre Villasana y la calle que sigue al Poniente, acera norte. Dice Norambuena que, al entregar a las demandadas unas sillas que le habían mandado a componer, y cobrar su trabajo, no quisieron pagárselo, alegando, falsamente, que él también les debía, y como Norambuena insistiese en que si no se le cancelaba iba a retirar dichos muebles, Jesús Alderete y sus hijas Rosa y Emilia arremetieron contra él, enarbolando las mismas sillas que acababa de componer, rompiéndoselas en su propia cabeza. Los golpes le hicieron manar tanta sangre, que quedó, aturdido. Viene por lo tanto a pedir que el Juzgado castigue a la Alderete y sus hijas, previo pago de las costas de esta querrela, y de lo que se le adeuda por su trabajo, suma, esta última, que estima en treinta y cinco pesos. Firmó a ruego de Juan Norambuena, por no saber hacerlo, Diego Alvarez Lantadilla.

—¿Ha oído, señora, la demanda del maestro Norambuena...?

—Hablen ustedes, niñas! imploró la señora Alderete, anciana gibada y temblorosa—Hablen ustedes!

Las llamadas niñas, mujeres ya mayores y encanecidas, con mantos y trajes negros y viejos, pero limpios y cuidados, se miraron con inquietud.

—Lo que dice el maestro...—comenzó la mayor.

—Esta es la Rosa—murmuró el secretario.

—Lo que dice el maestro es una falsedad. El mismo se había ofrecido gratuitamente a componernos tres sillas que estaban despegadas, y a las que le faltaban algunos barrotos. Era conocido de la casa y no iba a pedirnos un centavo por algo tan poco. El Domingo antepasado, cuando nos llevó las sillas, serían las once de la noche, ya estábamos recogidas. Al principio no quisimos abrirle, porque el maestro Juan suele beber y se pone muy odioso; así resultó andar esa noche. Salió Emilia a abrir, y él al verla en camisa quiso sobrepasarse. A los gritos de Emilia, yo y mi mamita fuimos a favorecerla. Pero el hombre estaba cegado y no la soltaba. Con lo primero que pillamos le dimos por donde caía. Esa es la verdad.

—Así no más fué, señor juez—confirmó la anciana.—Así no más fué; y es mucha vergüenza para esta pobre vieja andar metida en estos pasos, y que luego se comente lo que han querido hacer con una de sus hijas.

—Somos pobres, señor, pero vivimos de nuestro trabajo, y nadie, nadie, tendrá nada que decir de nosotras!—exclamó Rosa.

—Sí, señor, como buenas, mis hijas son buenas; todos los días tengo que darle gracias a Dios por ello. Un poco

vivas de genio, talvez; pero cómo no hay hombre en la casa—yo soy viuda y las dos han quedado solteras—si así no lo fuesen, talvez sería para peor.

—Y usted, maestro Juan ¿qué replica?

—Mentiras y más mentiras. ¿Por qué entonces no acudían nunca a la citación que les hizo, hace ya más de una semana, su señoría?

—Hicimos mal—declaró la anciana—debíamos haber venido. Pero nos daba miedo. Nunca nos viéramos metidas en nada semejante. Jamás, antes de hoy, hemos pisado la sala de un Juzgado. Vivimos solitas en nuestro rincón. Y luego... la vergüenza de Emilia! Yo quise venir, pero me lo impidieron. La pobre chiquilla me decía que ella, antes preferiría morirse. También los pobres tienen su delicadeza.

Emilia, humilde cincuentona, encendido el rostro hasta parecer que la sangre le iba a brotar, miraba hacia la puerta de salida buscando esconder su confusión; Rosa palidecía por momentos; sólo la anciana, un tanto temblorosa, lograba dominarse.

—¿Quiere que veamos sus heridas?—dijo de improviso el juez.

El carpintero se turbó, pretextando que tenía las vendas pegadas.

—Con un poco de agua... Galíndez ¿quiere mandar por una taza de lavatorio?

—Pero, señor, y después...—insinuó el carpintero.

—El juez desea darse cuenta cabal del daño que usted recibiera.

De malas ganas, quiso que no quiso, con algunos visajes de dolor al desprenderse la venda inmunda, en partes tiesa y engrosada por la sangre seca, el carpintero fué sacándose su envoltorio.

El secretario en persona trajo un gran lavabo lleno de agua limpia, y una toalla rota y desflocada al brazo.

Eran tales la mugre y los pegotes, en los cabellos oprimidos, que no se veía herida alguna con claridad.

—Lávese primero—ordenó el juez—Más; más aún!

—Me puede entrar pasmo, señor!

—Tiene hasta barro pegado...

—Si me botaron al suelo...

—Por eso mismo, lávese bien!

Siempre quedó adherida alguna mugre tenaz.

—¿A ver? Inclínese un poco. ¿Dónde lo hirieron? Apenas tiene unos rasguños. ¡No; que también hay un costrón!

—Maestro Norambuena—dijo incorporándose el juez.

—Si usted tuviese más heridas y contusiones, yo no castigaría a la señora Alderete y sus hijas; no las castigaría, aun cuando el incidente haya ocurrido como usted señala, y no como ellas dicen. El espectáculo nauseabundo que durante una semana larga me ha venido dando usted con su cabeza cubierta con vendas llenas de suciedad y sangre seca, sus gestos por falsos dolores, su constancia en persistir deseoso de aparente justicia, me ha hecho saber que, si la sangre fresca perturba la serenidad y trae vivas ansias de penar el daño, la sangre seca produce la misma repulsión que los deseos vengativos.

—Señora Jesús—agregó dirigiéndose a la anciana—llévese a sus hijas, y si el maestro Juan las molesta, venga a hablar conmigo.

El carpintero quiso decir algo y salió molesto, arrastrando sus vendas. La vieja dió en llamarlo suavemente y hasta pretendió tomarlo de un brazo.

—Maestro Juan, maestro...

—¡Cuidado, señora!—advirtió el juez.—Usted ha vivido bastante y tiene el olvido fácil y el arrepentimiento inmediato, pero aguarde, al menos, que a él se la caigan las costras...